

La cabeza de Goliat: **ensayo de un desengaño**

María Florencia Calzon Flores
Universidad de San Martín,
Buenos Aires, Argentina
florcalzon@yahoo.com

El trabajo tiene el objetivo de analizar el ensayo *La cabeza de Goliat* del pensador argentino Ezequiel Martínez Estrada. Publicado por primera vez en 1940, su repercusión se hizo sentir durante gran parte del siglo XX a través de sus numerosas reediciones. Está compuesto de fragmentos que intentan dar cuenta de la realidad de la ciudad de Buenos Aires y no se limita a ser una interpretación de la vida ciuda-

dana; por el contrario, pretende también explicar la coyuntura histórica en que se encuentra el país durante los años cuarenta, para lo cual recurre a una antinomia canónica: civilización y barbarie. A lo largo de estas páginas consideraremos *La cabeza de Goliat* desde dos dimensiones que creemos significativas para su comprensión: la relación entre la ciudad y la vida moderna y entre el ámbito urbano y rural.

Palabras clave: *La cabeza de Goliat*, Buenos Aires, modernidad, civilización, barbarie.

Introducción

La cabeza de Goliat se publicó por primera vez en 1940¹ y, entre otras más recientes, en dos reediciones de 1946 y 1956. Este dato da cuenta de la amplia recepción del ensayo que tiene como temas a la ciudad de Buenos Aires y a la nación argentina. En efecto, si bien se trata, como Martínez Estrada indica en el subtítulo, de una *microscopía de Buenos Aires*, el

¹ En 1940 gobernaba el presidente Ortiz, elegido en 1937 bajo un armado político denominado La Concordancia, que incluía a distintos partidos. Las elecciones habían sido fraudulentas y por lo tanto la legitimidad del gobierno era débil. El presidente Ortiz quiso dejar de lado ese tipo de prácticas y la acción más resonante en ese sentido fue

autor no deja de precisar que la ciudad-puerto constituye un “problema espiritual que concierne a nuestro trascendental destino de pueblo”.² Si fuese necesario ubicar *La cabeza de Goliat* en la obra de Martínez Estrada, podría afirmarse que corresponde a la serie de escritos inaugurados con la *Radiografía de la Pampa* (1933) y que se proponen reflexionar sobre la realidad nacional en la línea de pensadores que, como Sarmiento o Echeverría, lo habían hecho desde la antinomia ciudad/campo, civilización/barbarie.³ Esta serie puede diferenciarse tanto de la de los primeros libros de poemas como de la de los escritos polémicos posteriores a la caída del peronismo, y aun de la última etapa de su producción, referida a América Latina, a Martí y a la revolución cubana.

Entre finales del siglo XIX y los años veinte del siguiente siglo, circulan visiones del país que escapan a la polaridad Buenos Aires/interior. Estas visiones a su vez contribuyen a forjar la imagen de un modelo de país que se veía a sí mismo de acuerdo con los parámetros que producía el éxito del modelo agroexportador. Es con la crisis de 1930 cuando resurgen los diagnósticos que hacen del enfrentamiento entre Buenos Aires y el resto del país una de las claves explicativas de la historia nacional. Las metáforas urbano-territoriales ubican en la primera el reducto de la Argentina enferma, falsa, superficial y materialista, y en el segundo el de la Argentina sana, auténtica, profunda y espiritual.⁴ Así, uno de los polos condensa todo lo positivo que al otro le es negado. Pero dichos espacios no tienen sólo coordenadas geográficas, sino también temporales: el campo sintetiza el pasado de la Argentina, mientras que la ciudad es el símbolo de su presente. Se trata de figuraciones nostálgicas en las que el pasado idealizado se corresponde con la edad de oro del país. Por eso Beatriz Sarlo interpreta el tópico de la edad dorada menos como una versión fidedigna del pasado que como una respuesta frente a una serie de cambios de los cuales el presente es escenario:

la intervención de la provincia de Buenos Aires por encontrarse irregularidades en las elecciones. Sin embargo, enfermo, debió delegar el mando en su vicepresidente, Castillo, que no era partidario de la misma política. Al contrario, seguía favoreciendo las prácticas fraudulentas que no eran nuevas en la Argentina. Cattaruzza, *Historia de la Argentina*.

² Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 21.

³ En esta saga también se incluyen los ensayos sobre Sarmiento, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, así como relatos que van desde “La inundación” a “Marta Riquelme” y “Sábado de gloria”. Prieto, “Radiografía de la pampa”.

⁴ La fuerza interpretativa de este enfrentamiento es tal que su vigencia puede constatar-se hasta los años ochenta del siglo XX. Gorelik, “Buenos Aires y el país”.

El tópico de la edad dorada es la configuración literaria de la estructura ideológico-afectiva que emerge de las desazones causadas por lo nuevo: restituye en el plano simbólico un orden que se estima más justo, aunque nunca haya existido objetivamente y sea, más bien, una respuesta al cambio antes que una memoria del pasado.⁵

En efecto, el proceso de modernización cambia el paisaje urbano y las costumbres de la ciudad de Buenos Aires, una transformación alrededor de la cual se teje una serie de interpretaciones producidas por los intelectuales.

En este trabajo me propongo analizar *La cabeza de Goliath* tomando como eje dos dimensiones: una relacionada con la ciudad como escenario de la modernidad y otra referida a la relación entre Buenos Aires y el interior y, por consiguiente, a la que el texto propone entre civilización y barbarie. Antes de avanzar sobre los ejes de análisis dedicaré un breve apartado al modo en que se presentan algunas características del género ensayístico en *La cabeza de Goliath*.

La cabeza de Goliath como ensayo

El género ensayístico, que comienza a desarrollarse en la década de 1920, encuentra en la década siguiente una renovada productividad como herramienta de exégesis de la crisis y mantendrá su vigor hasta que a mediados de siglo la sociología se ocupe de desprestigiar su método intuitivo como incapaz de producir conocimiento. Se trata de un género discursivo que no tiene su fuente de validez en la comprobación empírica, sino en la experiencia personal, y por ende altamente subjetiva, de quien se atribuye la autoría de la obra.⁶ En el caso de *La cabeza de Goliath* es el propio Martínez Estrada quien se encarga de aclarar, en el prólogo a la edición de 1946, los cimientos sobre los cuales está construido el texto: “Ningún lector tiene derecho a atribuirle al autor otra intención que la de traducir en el estilo de pensar y decir más alto de que dispone en sus aptitudes de escritor aquello que ha visto en la ciudad donde vive, pero donde no nació

⁵ Sarlo, *Una modernidad periférica*, p. 32.

⁶ Martínez en una única ocasión recurre a la estadística y no sólo lo hace en una nota al pie, sino que además tiene la endeble solvencia de haberla construido tomándose a sí mismo por única fuente: “sin contar algunas calles cuyos nombres no sé si se refieren a cosas, personas o lugares, he aquí una estadística de los nombres de las calles”, Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 71.

ni quiere morir”.⁷ La materia de la que está hecha *La cabeza de Goliat* son las propias vivencias y observaciones del autor, expuestas como fragmentos de una unidad que resulta elusiva si se la busca desde el terreno de la argumentación. Bajo una serie de breves apartados se configuran “islas temáticas” que se suspenden para pasar a otra temática que bien puede ser el objeto de uno o de varios apartados sucesivos. Por ejemplo, a los cinco apartados que se refieren a la manera en que los sentidos se desarrollan (o más bien, en la visión negativa de Martínez Estrada, se atrofian) en la ciudad, les sigue otro, *Roma o Cartago*, que remite a un tema recurrente y dispersamente analizado, el del carácter mercantil y venal de Buenos Aires, para desplegar inmediatamente en *Palmas y Laureles* una reflexión irónica sobre los certámenes de ganado (que es más bien sobre el medio vil de la ciudad) bajo el título de *Volviendo a Matusalén*, con una descripción de las ferias urbanas que son una expresión del pasado afable que la urbe destruyó.

Si el ensayo de Martínez Estrada pudiese ser escuchado, se oiría un largo rebuzno. Y es justamente la perpetuidad del lamento lo que brinda a *La cabeza de Goliat* una unidad de sentido que se construye menos como un encadenamiento de argumentos que como una yuxtaposición de fragmentos del malestar. Asimismo, el modo fragmentario de exposición también es un intento de refractar en el texto la forma que en la urbe experimenta la realidad social.⁸ En efecto, la ciudad, que tiene una forma de pensar, sentir y obrar, tiene además su corazón en el reloj: “los habitantes de la ciudad [...] han cuadrículado su vida, y ahora tienen que medirla con el reloj de segunderos, porque en verdad carece de todo sentido eterno y está desmenuzada en partículas sin cohesión, como un puñado de arena”.⁹

Como “la verdad del ensayista no es un conocimiento científico ni filosófico, sino que se presenta bajo la perspectiva subjetivista del autor”,¹⁰ se supone que éste no es un recién llegado al sistema literario, sino que se trata de alguien previamente reconocido por un público que *confía* en su palabra. Y Martínez Estrada era, en la década de 1940, un autor ya varias veces premiado. Había recibido dos veces el premio Nacional de Literatura, en 1933 por su obra poética y en 1937 por *Radiografía de la pampa*.¹¹ Había sido presidente de la Asociación Argentina de Escritores

⁷ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 11.

⁸ Antonowicz, “Entre el pasado y el futuro”.

⁹ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 50-51.

¹⁰ Saítta, “Modos de pensar”, p. 108.

¹¹ Cuenta un amigo de “don Ezequiel”, como le gusta llamarlo a Gregorio Scheines, que

(SADE) de 1933 a 1934 y volvió a serlo entre 1942 y 1946, año a partir del cual comenzó a colaborar en la revista *Sur*.

Por su parte, la erudición que recorre el ensayo puede interpretarse como otro modo de sostener la confianza del lector, esta vez dentro del texto mismo. Las profusas alusiones –que no citas¹²– a pensadores y literatos que van desde la Grecia clásica hasta la Francia del siglo XIX, contribuyen a imaginar que la extensa biblioteca de Martínez Estrada le permite realizar una obra que sin duda no estaría al alcance de cualquiera. De esta manera, para dar cuenta de la importancia de las nubes de una ciudad no se priva de referirse a la *Nefelococcigia* de Aristófanes, así como el llanto del corazón de Verlaine le permite aludir a lo que pasa en Buenos Aires cuando llueve. La seguridad y la destreza en el manejo del aparato erudito pueden entonces considerarse como otro de los pilares donde descansa la autoridad del autor como ensayista.

El nombre propio de quien escribe es entonces fundamental en el género ensayístico. En palabras de Saïtta, “al asumir la primera persona, el ensayista asume también un compromiso explícito con el lector, al que propone un pacto de lectura que, con su nombre propio, asume la responsabilidad de los enunciados”.¹³ Martínez Estrada considera que su “misión intransferible” como “artista y pensador” es “la de revelar lealmente aquello que suscitan en él las cosas del mundo en que vive” y que, en términos análogos a otra frase ya citada, “únicamente puede exigírsele el dominio de un alto estilo de pensar y decir”.¹⁴ Queda clara en la cita la impronta en primera persona que Martínez Estrada otorga a su texto. Y esa impronta es la del pensador, pero también la del artista. La mixtura entre ambas se observa no sólo en el deliberado carácter poético de la prosa, sino también en la confianza en la intuición para llegar al conoci-

se conocieron cuando aquél “recibió los dos premios de una sola vez. Porque siempre se pagaban mal los premios, con mucho atraso. Y en cierto momento coincidieron los dos: el de poesía, el primero, y el de ensayo”. Según cuenta Gregorio Scheines, Martínez Estrada compró con ese dinero y con un crédito de diez mil pesos “una chacrita chiquita de 380 hectáreas [...] a dos leguas del pueblo de Goyena, donde el mínimo para poder sobrevivir son 500 hectáreas”, en Autores varios, *Ezequiel Martínez Estrada*, p. 11.

¹² El recurso de la cita textual está muy poco y arbitrariamente utilizado. Es reiterado sólo en dos casos: el de *Nacha Regules*, que Martínez Estrada considera la mejor novela de Manuel Gálvez, y el de los libros de Hudson, autor sobre el que en 1951 escribirá *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*.

¹³ Saïtta, “Modos de pensar”, p. 108.

¹⁴ Martínez, *La cabeza de Goliath*, pp. 9-10.

miento. Como ya se dijo, antes de dedicarse al ensayo Martínez Estrada había hecho sus primeras incursiones literarias en la poesía y, como bien afirma Prieto, “en el tránsito del poeta al prosista quedó fuera el ejercicio formal de la poesía y adentro, en el ejercicio de la prosa, permaneció la disposición y el temple del poeta”.¹⁵ Basta con elegir al azar una cita de *La cabeza de Goliat* para ilustrar la pertinencia de esta afirmación. Por ejemplo, para referirse a lo más lejano de la ciudad, la avenida Costanera, Martínez Estrada recurre a la siguiente enumeración:

El panorama fluvial, la anchura de la calzada, la lentitud de la vectación, el aire limpio, la abundancia de cielo, la ternura de la alameda, el vuelo purísimo de las palomas, la indulgencia de los rostros, los niños que juegan sin apartarse de los desconocidos, la mansedumbre de los ojos del mendigo, los ruidos y la música, todo crea una atmósfera de novela de mil ochocientos y por momentos se tiene la impresión que estamos cien años atrás y en otro país.¹⁶

Si la intuición guía la tarea del ensayista, la paradoja y la metáfora son sus principales herramientas heurísticas.¹⁷ Un ejemplo del uso de ambas se da cuando Martínez Estrada echa mano de la metáfora de la cárcel para referirse a la ciudad, pero paradójicamente se trata de una cárcel en la que, si existen, los vigilantes no vigilan, y de la que los prisioneros han olvidado escaparse:

Me es fácil pensar que todos estamos presos, aunque el guardián haya desaparecido hace años o siglos. Nos encerró a todos y se fue, o se murió. Hizo la ciudad y nos metió dentro con la consigna de que no nos marchásemos hasta que volviese. Después se olvidó él de venir y nosotros de irnos.¹⁸

El hombre, para Martínez Estrada, está preso en el ciudadano, ya que ha olvidado el sentido que las cosas tienen para sí mismo y en cambio vive su vida como un autómatas, es decir, según los fines impuestos por otros, en este caso por la ciudad misma. El autor utiliza aquí la paradoja y la metáfora como un modo de dar cuenta, de conocer y de interpretar la experiencia urbana.

¹⁵ Prieto, “Radiografía de la pampa”, p. 47.

¹⁶ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 97.

¹⁷ Antonowicz, “Entre el pasado y el futuro”, p. 318.

¹⁸ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 51.

Por último, cabe mencionar que la condición subjetiva del ensayo también es reforzada por notas y comentarios autobiográficos. Martínez Estrada se permite, por ejemplo, invocar tanto lo que él mismo *está viendo* como sus propios recuerdos: “De la escuela han salido ahora mismo los niños con delantales blancos y sus libros. Recuerdo sus rostros que hace treinta años contemplé, una tarde igual a ésta, con idéntica luz y el mismo timbre jubiloso en el aire”.¹⁹ Asimismo, utiliza sus propios paseos (condicionados azarosamente por el lugar en el que vive) como escenario de reflexión: “Como por suerte vivo frente a una plazoleta donde los jueves y domingos se instalan los puestos de la feria franca municipal, algunas mañanas me distraigo recorriendo las angostas calles de esa milenaria ciudad”.²⁰

Ciudad y modernidad

Buenos Aires es para Martínez Estrada el escenario de una pérdida: la de un pasado mejor a manos de la modernidad.²¹ Luego de caracterizar a la ciudad como “el nombre de una enfermedad nerviosa muy grave”,²² no resulta sensato esperar de parte del autor una catarata de elogios para describirla y simbolizarla. En efecto, el pesimismo de Martínez Estrada acerca de los cambios que la modernidad imprime al paisaje urbano, pero también a las costumbres, no tiene fisuras: es una mole, como la ciudad misma. Uno de los lugares que Martínez Estrada prefiere de Buenos Aires (casi el único que le gusta, exceptuando la Avenida Costanera, que es *lo más lejano* de la ciudad) es Palermo, ya que se trata de “un intervalo en la semana, el día de fiesta de la ciudad, que reconstruye en pocas horas los tejidos destrozados por el trajín de la urbe”.²³ Sin embargo, mirado más de cerca, Palermo no es exactamente un lugar de la ciudad contemporánea al autor y, esto es así porque no se encuentra “entre los bienes del

¹⁹ Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 57.

²⁰ Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 131.

²¹ Cabe aclarar que en la época en que Martínez Estrada publica su libro la modernización de Buenos Aires era un proceso relativamente reciente. En efecto, durante la década de 1930 se materializan algunos cambios en la trama urbana relacionados con dicho proceso. El ensanche de distintas avenidas, la multiplicación de edificios de departamentos y la construcción del símbolo de la ciudad hasta el día de hoy, el obelisco, constituyen algunos ejemplos.

²² Para Karina Casella, es “la medicina como matriz y embrión de las ciencias sociales” lo que lleva a Martínez Estrada a asociar la ciudad con una patología. Casella, “Examen sin conciencia”, p. 314.

²³ Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 93.

patrimonio municipal sino entre los bienes espirituales de la población”,²⁴ pero también porque “tiene una fisonomía (la de la época de Rosas) y una historia (la de los viejos salones porteños)” que hacen que allí sea posible revivir “la paz, el sosiego de 1840”.²⁵

En ese entonces el *tempo* era lento y “todo marchaba al mismo compás, con notas más breves o largas”, en contraste con lo que sucede en el presente, en el que “se vive en perpetua agitación; hombres, vehículos y hasta objetos inánimes se diría que andan por una necesidad intrínseca de andar”.²⁶ Se trata de un “arrebato cinético que no tiene profundidad ni intensidad”.²⁷ Pero si para Martínez Estrada “la ciudad ha cambiado mucho, los habitantes hemos cambiado más”.²⁸ Para este lector de Simmel, el hombre es un resultado de su medio:²⁹ “Es hoy el ser humano el producto natural de la ciudad, más bien que un producto artificial de la naturaleza”.³⁰ En consecuencia, “la neurosis de las grandes ciudades” es algo inherente a ellas que padecemos de reflejo.³¹ Y la neurosis urbana, como todas las enfermedades, tiene sus síntomas; la velocidad, considerada como una taquicardia y no como una actividad, es uno de ellos: “hay un mismo afán de velocidad en el chófer, en el peatón, en el comerciante tras el mostrador, en el que habla por teléfono, en el que espera a la novia y en el que toma café resuelto a no hacer nada, ¿nadie está contento?”³²

La pregunta de Martínez Estrada es también una ironía, porque resulta claro que la alegría no puede existir en un lugar que como la ciudad “transforma lo que es inherente a la vida en una función mecánica de un valor puramente industrial”.³³ Los ciudadanos pertenecen a la ciudad como *artefactos*, a cambio de lo cual ella “le entrega algunas de las ventajas que produce: comodidad, saber técnico”.³⁴ El habitante de la ciudad no vive: circula, está de paso. Por eso, “todo le interesa apenas y por

²⁴ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 92.

²⁵ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 94.

²⁶ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 35.

²⁷ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 35.

²⁸ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 34.

²⁹ Antonowicz, “Entre el pasado y el futuro”, p. 322.

³⁰ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 55.

³¹ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 34. Hasta tal punto la conducta es el resultado del medio en el que se vive que “en Nueva York, el estilo de edificación ha hecho indispensable el divorcio”. Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 59.

³² Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 35.

³³ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 38.

³⁴ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 58.

poco tiempo”.³⁵ La superficialidad de la vida en Buenos Aires se refleja por ejemplo en la indiferencia del trato entre vecinos: “transcurren veinte años de convivencia y no conocemos al que ocupa, pared de por medio, el departamento contiguo. Ignoramos quién sea y no nos interesa: ni lo estimamos ni lo odiamos: no existe más que para él”.³⁶ El modo en que la personalidad se ajusta a las exigencias de la vida social de la urbe es una pregunta que es posible que Martínez Estrada haya derivado de sus lecturas de Simmel. Para este autor, la actitud *blasée* es la más típica de los habitantes de la metrópoli y se deriva de la necesidad de responder a la “intensificación del estímulo nervioso” en un medio sometido a tan rápidos y tan contrastantes cambios. La insensibilidad ante la diferencia de las cosas, el hastío y la reserva son las actitudes mentales características del individuo *blasé*. Para Simmel, “como resultado de esta reserva a menudo ni siquiera conocemos de vista a nuestros vecinos por años. Es esta reserva la que nos hace fríos y descorazonados a los ojos de los habitantes de pequeñas ciudades”.³⁷ En términos más generales, Martínez Estrada y Simmel coinciden en que la mecanización de la vida es un producto de la vida urbana. Por eso ambos hacen del reloj uno de los símbolos de la ciudad, ya que es el paradigma de la existencia de un tiempo uniformemente parcelado. Sin embargo, las diferencias entre el Berlín de principios de siglo y la Buenos Aires de la década de 1940, mientras le permiten aseverar a Simmel que “si [...] los relojes públicos [...] se desincronizaran por tan sólo una hora, las comunicaciones, la vida económica de la ciudad toda se derrumbaría”,³⁸ obligan a Martínez Estrada a teñir una afirmación similar con un tinte local que aún hoy reconoceríamos:

Se detiene el reloj del Palacio del Consejo y es como si del tiempo general y abstracto cayéramos de golpe en el nuestro propio; de inmediato consultamos el reloj del tiempo personal y a nadie se le ocurre que ha de rectificarlo según el otro que no anda. Pero si en vez de detenerse anduviera unos minutos adelantado o retrasado sí lo haríamos.³⁹

A su vez, Martínez Estrada se pregunta: “¿tiene razón de ser un reloj público?”, “¿hay un tiempo general para todos? No dan esos relojes la hora exacta para lo que tenemos que hacer a cada momento, porque en cada

³⁵ Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 64.

³⁶ Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 64.

³⁷ Simmel, “La Metrópolis”.

³⁸ Simmel, “La Metrópolis”, p. 5.

³⁹ Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 50.

momento cada uno está haciendo cosa muy distinta y personal, aunque ejecute la misma tarea: se muere para sí mismo”.⁴⁰ Sucede que tanto para Martínez Estrada como para Simmel la sociedad urbana impone al ciudadano una forma de vida general y esquematizada que ahoga el desarrollo de su propia individualidad, de lo que proviene desde adentro y es personal de cada uno. Simmel indica que la puntualidad, la exactitud y el cálculo son las actitudes necesarias para desenvolverse en la metrópoli y a la vez que en todas ellas es el entendimiento (y no los impulsos instintivos y voluntarios) el que suprime las identidades y las diferencias para hacer viable la convivencia en sociedades de inédita magnitud, como son las de las grandes urbes. En efecto, “la metrópoli es la arena genuina de una cultura que trasciende toda vida personal”.⁴¹ En ella, el individuo se ve privado de toda espiritualidad y todo valor para transformarse en engranaje de una organización que lo excede. Martínez Estrada utiliza para referirse a la ciudad, además de la metáfora de la cárcel, la de la máquina que, alimentada por la circulación y el tránsito, encuentra en el vigilante su centinela. Así,

en tiempos pasados los vigilantes vivían y era posible que nos comprendieran en nuestras tribulaciones. Se podía acercarse a ellos como a hombres [...] Hoy se acerca uno a ellos como un aparato automático [...], son “robots” a los que hace funcionar el trajín de la urbe.⁴²

A la suposición de que el individuo pierde en la metrópoli el contacto consigo mismo para sufrir de reflejo la deformación psíquica propia de una vida artificialmente regulada se suma aquélla, más general, según la cual las sociedades crecen a expensas del hombre del mismo modo que la cultura material lo hace a expensas de lo espiritual.⁴³ Con la ironía que le es propia, Martínez Estrada caracteriza a los habitantes de los barrios en los que “las casas de familias satisfechas dan a las calles cierta hospitalidad de patio”⁴⁴ como seres que “proclaman la necesidad de un pedazo de tierra para calmar el ansia de aventuras e infunden con

⁴⁰ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 50.

⁴¹ Simmel, “La Metrópolis”, p. 12.

⁴² Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 78.

⁴³ Viñas, “Reflexión”, p. 43. En este punto Ismael Viñas aclara que existe una contradicción que se mantiene irresuelta en el pensamiento de Martínez Estrada, porque si bien una alta cultura espiritual no puede desarrollarse sin un correlato material acorde, esto no quita verdad al hecho de que el crecimiento material de una cultura es proporcional a su empobrecimiento espiritual.

⁴⁴ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 74.

su mansa bonhomía la certeza de que la conformidad rebasa más allá de su existencia”; para luego rematar a modo de sentencia: “quizá poseer una casa equivale espiritualmente a la seguridad de una tumba”.⁴⁵ La desconfianza de Martínez Estrada hacia los *bienes terrenales*⁴⁶ es paralela a la que siente por el carácter mercantil de la ciudad y por la cultura utilitaria que se desarrolla a su amparo. En esa cultura mercantil incluso el hombre puede llegar a ser un instrumento de la cosa; bajo el título de *Filosofía de un tasador* expone la situación del empeño como una en la que “el dueño del objeto es llevado por éste, y pasa a ocupar el significado de instrumento propiciatorio entre la necesidad y el necesitado”.⁴⁷ La apreciación de Martínez Estrada por todo aquello que exceda el mero valor de lo mercantil queda clara en la caracterización que hace de los ajedrecistas, a los que juzga

como artistas que son y que únicamente estiman los iniciados, fuera de la bolsa de los títulos, las acciones, los productos, las mercancias y las divisas. En ellos hay un caudal de dignidad y rectitud [...] que para conservarse “en forma” requiere, como de los atletas, el ejercicio de la buena conducta.⁴⁸

De hecho, ésta no prima en las relaciones mercantiles, en las que el comprador no siempre es convencido por medios leales. La constante reivindicación del hombre y de los valores humanos es en Martínez Estrada un modo de contrarrestar y a la vez de denunciar el imperio de relaciones que, basadas en el cálculo y el interés, se olvidan de la verdad del espíritu. Porque para él “la felicidad del hombre sólo sería posible por el desarrollo de sus instintos vitales, en *un modo de convivencia fundado en un orden de relaciones desinteresadas*”.⁴⁹ Por eso, si bien nuestro carácter de pueblo mercantil hace que la mayoría de nuestras energías intelectuales y materiales se encaucen en una dirección utilitaria, son los grandes artistas y pensadores que se sustraen a esta norma los que “representan entre nosotros lo mejor de nosotros mismos”.⁵⁰

La gran urbe es el escenario donde germinan no sólo las acciones de signo lucrativo, sino también y asociada a ellas la descomposición de los

⁴⁵ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 75.

⁴⁶ La expresión está tomada de Viñas, “Reflexión”, p. 43.

⁴⁷ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 144.

⁴⁸ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 236.

⁴⁹ Viñas, “Reflexión”, p. 43.

⁵⁰ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 231.

lazos sociales, afectivos y morales. En Nueva York, que es la ciudad por antonomasia,

la vida de hotel ha reemplazado la vida de hogar [...], el neoyorkino ha invertido las funciones: come, se divierte y procrea en los hoteles y duerme en la casa. También nosotros vamos camino de esa vida, porque vamos en camino de gobernarnos por el sentido de la economía y la comodidad.⁵¹

El hogar aparece entonces como un reducto de comportamientos y valores que la metrópoli hace caer en desuso: “poco a poco vamos acostumbrándonos a comer fuera de casa, a divertirnos fuera de casa, a encontrar hecho lo que se hacía personalmente o se presenciaba que se hacía. Es el camino del adulterio”.⁵² La involución moral tiene además otro de sus resortes en la técnica. Así, el chofer es moralmente muy inferior a su antecesor, el jinete, debido a que

Aun el hombre de cultura, puesto en el volante, se convierte en un ser grosero [...] Esta interiorización del hombre urbano se debe sin duda a la máquina que le permite medirse en un plano de superioridad en que sólo entran en cuenta los valores más bajos de la civilidad.⁵³

La degradación de las costumbres y los valores bajo el signo de la metrópoli también es visible a través tanto de sus personajes típicos como de sus figuras célebres. Entre los primeros, tomemos el ejemplo del *tilingo*, que es un hombre de una “idiotez disimulada”, “cuyo interior es también una superficie” y que “sería un hombre interesante en un mundo que no valiera la pena ser habitado”.⁵⁴ La naturaleza de la relación entre el *tilingo* y la cultura mercantil es de afinidad, ya que comparten la primacía de lo exterior sobre lo interior y de lo superficial sobre lo espiritual.

Por otro lado, son los criminales y no los literatos o los políticos los que gozan en Buenos Aires de la aprobación popular. El vínculo entre crimen y modernidad no es una aportación específica de Martínez Estrada (como tampoco lo es su visión negativa de ésta), sino que era una percepción más extensamente instalada en la sociedad de su época. En efecto, Lila Caimari sostiene que durante el periodo de entreguerras se desarrollan

⁵¹ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 59.

⁵² Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 60.

⁵³ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 42.

⁵⁴ Martínez, *La cabeza de Goliat*, pp. 183-184.

nuevas prácticas delictivas que, posibilitadas por el uso de la moderna tecnología (y muy principalmente del automóvil), funcionan como polo aglutinante de una serie de preocupaciones sobre los efectos adversos de la modernidad, entre los cuales se cuentan

las mutaciones en el orden moral (sexual, familiar) causadas por el crecimiento urbano, la dislocación de identidades producidas por la masificación de la vida en la ciudad, la expansión desenfrenada del consumo, la revolución en la industria del entretenimiento con su cornucopia de estímulos desaforados y fantasías peligrosas.⁵⁵

La visión de Martínez Estrada puede entonces ser enmarcada en un coro más amplio de voces que comparten con él el diagnóstico y la valoración de algunos elementos de la realidad contemporánea. En efecto, se trata de un conjunto de problemas cifrados en el clima de desilusión que la coyuntura de la década de 1930 hizo primar sobre el futuro del país. Por eso para Viñas el retrato de Martínez Estrada es el de un desencanto: “sintiendo que hemos sido expulsados del paraíso, que no podemos llegar a él, decide pintar el infierno. Está todavía demasiado inmerso en el clima de optimismo para no salir de él con odio y desesperanza”.⁵⁶ Según Viñas, en su vocación como *denunciante*, Martínez Estrada se limita a diagnosticar los males sin intentar ofrecer una respuesta para conducir en otra dirección. En este sentido y siguiendo el ejemplo propuesto, la celebridad de nuestros malos literatos abre un panorama no menos desalentador que la popularidad de Scarfó.

Buenos Aires y el interior: ¿civilización y barbarie?

Para los hombres de fines del siglo XIX, devotos sinceros de esa religión de la razón que es el progreso, la Argentina era una promesa del futuro. A partir de la década de 1930 ya no queda mucho por lo que ilusionarse; en cambio, cabe indagar en los motivos de un designio que se demostró trunco.⁵⁷ Para Martínez Estrada la ciudad de Buenos Aires –y en particu-

⁵⁵ Caimari, “Anatomía de una ola delictiva”, p. 2.

⁵⁶ Viñas, “Reflexión”, p. 43.

⁵⁷ La crisis de la época impacta en la Argentina sobre el volumen y el precio de las exportaciones. El perfil agroexportador de la economía se ve puesto en entredicho y con él también, para muchos, un supuesto destino de grandeza. Cattaruzza, *Historia de la Argentina*.

lar el rumbo que tomó a partir de su federalización— es culpable de ese destino que no fue. Aplicando un criterio municipal a problemas que requerían una respuesta nacional, termina convirtiéndose en la capital de sí misma. Mientras la cabeza crece a sus expensas, el cuerpo mal nutrido que es el interior sobrevive decapitado. Uno de los símbolos de la succión de Buenos Aires del interior son los ferrocarriles, ya que a través de sus estaciones, “que son las bocas de alimentación de la Metrópoli, Buenos Aires devora diariamente la materia prima que necesita del interior; la elabora, la digiere, la incorpora a su existencia y el resto lo expelle por allí mismo bajo el aspecto de productos manufacturados”.⁵⁸ Las estaciones de ferrocarriles tienen para Martínez un doble estigma: como sedes del movimiento abstracto carente de toda significación, son símbolos de la vida en la ciudad, y como piezas claves del sistema ferrocarril-puerto, de la dominación Inglaterra-Buenos Aires sobre el interior. Y justamente la hipertrofia de Buenos Aires con respecto al país tiene que ver con que su tamaño es el resultado de su función como órgano del mercado internacional.⁵⁹

Del mismo modo que otras piezas de la ensayística sobre el ser nacional, *La cabeza de Goliat* se embarca en la búsqueda de un pensamiento y un idioma particularmente argentinos. La hipótesis del ensayo es que lo propio y lo auténtico de nosotros mismos se sustenta en un recipiente iberoamericano y no europeo. Por eso Buenos Aires nos traiciona como argentinos y como iberoamericanos al darnos la espalda para crecer ella sola mirando a Europa. Sin embargo, Buenos Aires tendría una forma de expiar su culpa:

Sólo un Buenos Aires cerrado y desembocando en el interior habría cambiado la fisonomía económica, cultural y demográfica del país, quizá étnicamente también de toda Sudamérica [...] Esto es lo que yo llamaría la reivindicación de Buenos Aires y la remisión de sus pecados mortales para con el resto del país.⁶⁰

⁵⁸ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 38.

⁵⁹ Martínez Estrada no es el único ensayista que denuncia que la capital tiene su mirada puesta en el exterior y da la espalda al “país real”, ubicado en el interior. Poniendo la mira también en los ferrocarriles, Raúl Scalabrini Ortiz denunciaba que la red ferroviaria, favorable a la exportación de materias primas y la importación de manufacturas, no hacía más que beneficiar al imperialismo inglés. Desde otras perspectivas ideológicas, Eduardo Mallea denunciaba a la capital como el centro del país “artificial y falso”. Cattaruzza, *Historia de la Argentina*, p. 162.

⁶⁰ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 25.

La ciudad de Buenos Aires es entonces no sólo, como se vio antes, el ámbito de desarrollo de la modernidad, sino también un “problema espiritual”⁶¹ que concierne tanto al pasado como al futuro nacional.

Para Martínez Estrada en Buenos Aires pueden distinguirse distintas ciudades superpuestas: “la de 1810, libre, entusiástica, efervescente en el ideal de la redención humana y anhelante de un gran porvenir; la ciudad de los próceres, la única ciudad nuestra”, pero también la “de los grandes sueños del terrateniente y del hacendado, del político y de la banca internacional”.⁶² Ésta es la ciudad del alma envilecida y cosmopolita que se engrandece y prospera materialmente a partir de 1880.⁶³ Es la ciudad que invaden los inmigrantes “rapaces y comedores de oro” y que, como los conquistadores españoles, sienten tanta urgencia por enriquecerse que sólo dejan en nuestra patria los restos de su “poco amor y mucho apuro”.⁶⁴ La naturaleza inmigratoria de nuestra nacionalidad provoca que esté compuesta por una aglomeración de individuos que no llegan a conformar una sociedad y que Martínez Estrada caracteriza como muchedumbre, entendida como “el hacinamiento de seres diversos que no están unidos profundamente por reglas comunes de conducta, por una misma fe, por idénticos sentidos de la vida o de la acción”.⁶⁵ Esta realidad no puede ser desconocida ni despreciada; antes bien es necesario asumirla para a partir de ella construir nuestros propios preceptos sociológicos y políticos.

Según Martínez Estrada, “la filosofía más importante de cada nación es la suya propia, aunque sea muy inferior a la imitación de extrañas filosofías”.⁶⁶ El rechazo a lo exótico y la reivindicación de lo propio es la principal contribución que para los integrantes de *Contorno* legó el pensamiento de Martínez Estrada. En palabras de Ismael Viñas,

⁶¹ Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 21.

⁶² Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 19.

⁶³ A partir de 1880 la Argentina asiste a un proceso de inmigración masiva. Provenientes de distintas zonas de Europa, la mayoría de los inmigrantes eran sin embargo oriundos de España o Italia. Algunas cifras pueden resultar esclarecedoras en cuanto al impacto del proceso migratorio: en 1869 el país contaba con aproximadamente 1 877 490 habitantes, y en 1914 había crecido hasta llegar a los 8 090 084. Este aumento de la población estuvo vinculado con el crecimiento vegetativo, pero sobre todo con el proceso de inmigración de masas: el porcentaje de extranjeros era en 1869 de 11.5 por ciento, mientras que en 1930 rondaba el 30 por ciento, la cifra más alta registrada en un Censo Nacional hasta hoy. Cattaruzza, *Historia de la Argentina*, p. 25.

⁶⁴ Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 242.

⁶⁵ Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 155.

⁶⁶ Martínez, *La cabeza de Goliath*, p. 157.

lo que nos interesa, a través de él, es averiguar lo que somos, nosotros, por el accidente de vivir en la Argentina de mil novecientos cincuenta y tantos [...], análisis al que nos sentimos imperiosamente empujados [...] por la necesidad de averiguar nuestra realidad, de tratar de aprender a operar en ella.⁶⁷

Según Viñas, es la pregunta por el *contorno*, por la realidad en la que está inmerso, lo que hace de Martínez Estrada un precursor. Sin embargo, el propio autor difiere de su hermano en la conveniencia de llevar las afinidades más allá de la inquietud inicial. La ausencia de cualquier posibilidad operativa sobre esa realidad que le basta con denunciar, sumada a un “cierto aire de elegido” gracias al que se guarece de la responsabilidad que sí adjudica al resto de los argentinos, hace a Ismael Viñas tomar distancia de quien sin embargo no deja de valorar. Para David Viñas, en cambio, lo rescatable de Martínez Estrada no es sólo la inquietud y la aceptación de la realidad, sino más aún que puede sumirse en sus aspectos pecaminosos sin que ello impida la búsqueda de una alternativa a lo que existe. Para David Viñas, Martínez Estrada es un denunciante responsable al que hay que tomar como ejemplo en su actitud comprometida (y no desentendida como para Ignacio Viñas), pues con ella nos enseña que “ya no se puede decir que *los otros* tengan la culpa. Hoy la culpa es de todos. Y es necesario escribir y vivir como culpables”.⁶⁸

Martínez Estrada no sólo descrea del progreso sino que, como buen nostálgico, está convencido de que todo tiempo pasado fue mejor. Así, “en el primer tercio del siglo XIX Buenos Aires alcanzó la máxima de cultura; era la época de los rascacielos espirituales tanto como ésta es la de los sótanos”.⁶⁹ La civilización equivale para Martínez Estrada al triunfo de lo material sobre lo espiritual, y por ende “el salvajismo es más bien el estado de supercivilización, donde el hombre en vez de manejar la clava establece una confitería y en vez de pasar a cuchillo a una familia entera, busca la producción de un gas mortífero para toda la ciudad”.⁷⁰ En el plano nacional, Martínez Estrada se ubica, desde una posición crítica, en la trayectoria intelectual inaugurada por Sarmiento, y toma de Spengler, un contemporáneo aunque no compatriota, la idea de la civilización como decadencia.⁷¹ Según éste,

⁶⁷ Viñas, “Reflexión”, p. 42.

⁶⁸ Viñas, “La historia excluida”, p. 56.

⁶⁹ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 168.

⁷⁰ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 55.

⁷¹ Casella, “Examen sin conciencia”, p. 315.

después de transcurrir una serie determinada de siglos cada cultura se transforma en civilización. Lo que estaba animado se torna frío y rígido. Los espacios internos, como los del alma, son reemplazados por extensiones de lo corpóreo real. La vida según el concepto del maestro Eckart se convierte en la vida como la comprende la economía política.⁷²

Tanto en Spengler como en Martínez Estrada aparece roto el vínculo que el positivismo suponía entre el progreso y el avance de la civilización. Es que no hay progreso si eso que llamamos civilización deja de ser un perfeccionamiento de lo anterior para constituirse en degradación de lo previo. En la formulación de Martínez Estrada,

queda la esperanza de que cuando todo ese aparato de civilización y progreso llegue a un punto crítico de evolución y no pueda seguir adelante, o amenace con la destrucción instantánea de la suma de su conquista, puede caer a lo tan antiguo, que permanece fiel a las leyes lentas de la vida. Se destruirán las ciudades y el hombre se salvará.⁷³

Si el interior de la Argentina no deja de albergar nuestra noble realidad por sobre la ficción cosmopolita que en la capital comienza a construirse desde 1880 es también porque ahí se resguarda el pasado de las fuerzas disolventes del progreso: “nuestros pueblos se parecen a lo que Buenos Aires fue, porque toda gira al interior es andar para atrás. Recorriendo los pueblos según sus diferentes grados de importancia, hacemos un viaje retrospectivo”.⁷⁴

Consideraciones finales

Sobre la ciudad se ciernen los efectos conjuntos y por momentos indiscernibles de la modernidad y de la civilización. La antinomia campo/ciudad, barbarie/civilización evoca una serie de opuestos: de los valores profundos contra los superficiales, de lo auténtico contra lo falso, de lo propio contra lo exótico, de lo vital contra lo mecánico. Se trata de tipos excluyentes y definitivos que hacen de cualquier manifestación de la realidad un aspecto del principio único que los separa.⁷⁵ Martínez Estrada utiliza los fragmentos de su “microscopía” para ilustrar con preciosismo, para

⁷² Spengler, *Prusianismo y socialismo*, p. 32.

⁷³ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 133.

⁷⁴ Martínez, *La cabeza de Goliat*, p. 63.

⁷⁵ Viñas, “La historia excluida”, p. 54.

ejemplificar con profusión, enunciados que se refieren a un mismo trans-fondo. El resultado es un ensayo que resulta por momentos repetitivo y al que cabe aplicar una cruel afirmación que Beatriz Sarlo extiende a la mayoría de sus textos: “cuando se ha leído el primer capítulo de cualquiera de sus libros (con excepción de sus relatos y *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*), se ha leído todo: después, centenares de páginas retoman, repiten, regresan a lo dicho, lo confunden, lo mezclan, lo desmejoran”.⁷⁶

Hemos intentado dar cuenta de la visión que Martínez Estrada construye de la realidad de su tiempo a partir del género particular que es el ensayo. Para ello hicimos hincapié en dos ejes temáticos: el de la modernidad y el de la relación entre Buenos Aires y el interior. Mientras la modernidad exprime lo *vital* de la vida en la ciudad, en la que únicamente sobrevive lo *mecanizado*, el resto del país goza de una existencia más humana, ajena a los efectos de la neurosis metropolitana. Buenos Aires es una ciudad sin alma pero también sin Nación: a su carácter cosmopolita se suma el haber crecido a expensas del desarrollo de su propio pueblo. Entonces es Buenos Aires la traidora, la culpable de que la Argentina no haya llegado a ser un gran país. Dice Martínez Estrada: “hemos hecho una gran ciudad porque no supimos hacer una gran Nación”. Pero la grandeza de Buenos Aires es ilusoria, es ficticia, es decadente, porque está hecha con los portentos del progreso material. Por eso sabemos que la afirmación de Martínez Estrada no deja de tener un tinte irónico, que en su reverso muestra la amargura del desencanto.

Bibliografía

Autores varios

Ezequiel Martínez Estrada: la pampa de Goliath, Buenos Aires, CEAL, 1994.

Antonowicz, Gabriela

“Entre el pasado y el futuro: Martínez Estrada y la sociología de la catástrofe”, en Horacio González, *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Buenos Aires, Colihue, 1991, pp. 317-324.

Caimari, Lila

“Anatomía de una ola delictiva. Buenos Aires, 1920/1930”, en Máximo Sozzo (coord.), *Historias de la cuestión criminal en la Argentina*, Buenos Aires, Del Puerto, 2009, pp. 371-394.

⁷⁶ Sarlo, “Nueva lectura imposible”, p. 132.

Casella, Karina

“Examen sin conciencia: sociología y forma en Martínez Estrada”, en Horacio González, *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Buenos Aires, Colihue, 1991, pp. 313-316.

Cattaruzza, Alejandro

Historia de la Argentina 1916-1955, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

Gorelik, Adrián

“Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura”, en Carlos Altamirano (comp.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel - Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

Martínez Estrada, Ezequiel

La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires, Buenos Aires, Losada, 1983.

Prieto, Adolfo

“Radiografía de la pampa: configuración de un clásico”, en Carlos Altamirano (comp.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel - Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

Sáitta, Sylvia

“Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comp.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 107-112.

Sarlo, Beatriz

“Nueva lectura imposible de Martínez Estrada”, en Beatriz Sarlo, *Escritos sobre literatura argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, pp. 129-135.
— *Una modernidad periférica, Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

Simmel, Georg

“La Metrópolis y la vida mental”, en *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*, núm. 4, (primavera 2005), disponible en <http://www.bifurcaciones.cl/004/reserva.htm>

Spengler, Oswald

Prusianismo y socialismo, Buenos Aires, Struhart & Cia, 1984.

Viñas, David

“La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada” [*Contorno*, núm. 4, 1954], en *Contorno. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional Argentina, 2008.

Viñas, Ismael

“Reflexión sobre Martínez Estrada” [*Contorno*, núm. 4, 1954], en *Contorno. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional Argentina, 2008.